



DE VÍCTIMAS A PROTAGONISTAS. EMPODERAMIENTO FEMINISTA EN TRES MILITANTES DEL MIR

Tamara Vidaurrázaga

Universidad de Chile

E-mail: tamaravidaurrazaga@yahoo.es

Resumen: *El presente artículo se realizó a partir de los relatos de vida de tres mujeres que durante la dictadura de Pinochet en Chile (1973-1990) pertenecieron al Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR), orgánica que propugnó la resistencia armada. En primer lugar planteamos una re-evaluación de lo que significa ser víctima de la dictadura en nuestro país, resignificando este concepto y cuestionándolo por inmovilizador. El análisis grueso presentado en este artículo se centra en las tensiones, transgresiones y resignificaciones que estas mujeres vivieron en torno a sus militancias de izquierda, y en contraposición a sus identidades en tanto mujeres y más tarde feministas, esta última asumida tras un proceso de empoderamiento lleno de tensiones, sanciones y cuestionamientos.*

Palabras-clave: *memoria; mujeres; empoderamiento.*

El presente artículo se realizó a partir de los relatos de vida de tres mujeres: Soledad Aránguiz, Cristina Chacaltana, y Arinda Ojeda, quienes durante la dictadura de Pinochet (1973-1990) pertenecieron al Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR), orgánica que propugnó la resistencia armada.

Sus testimonios están cruzados por una doble exclusión que las ubica al margen de las reconstrucciones históricas realizadas desde el poder, y que son hegemónicas en Chile. Por tanto buscamos aportar a la reelaboración de la memoria colectiva en dos sentidos: al romper con la amnesia en nuestro país, tras el trauma de la dictadura y las políticas de olvido impuestas por una transición política pactada; y contribuir a la memoria de las mujeres, quienes históricamente hemos estado vedadas de escribir la historiografía oficial (SCOTT, 1992).

El análisis presentado se centra en las tensiones, transgresiones y resignificaciones que estas mujeres vivieron en torno a sus dobles identidades como militantes de una

Niterói, v. 8, n. 2, p. 73-101, 1. sem. 2008 **73**





De víctimas a protagonistas. Empoderamiento feminista en tres militantes del MIR

orgánica de izquierda y feministas, en tanto esta última construcción de pensamiento les entregó herramientas desde las cuales hicieron una dura crítica hacia sus propias vidas como mujeres y militantes, así como a las normas y estructuras del partido que integraban.

Nuestra mirada está teñida con una perspectiva de género, concepto que entenderemos como la construcción que la cultura hace sobre los rasgos biológicos sexuales, es decir, sobre hombres y mujeres. Sin embargo, y como la diferencia aún siendo construida y no natural, se encarna en los cuerpos biológicos; entenderemos que nos situamos en un sistema sexo-género determinado (en adelante SSG). Por SSG entenderemos un conjunto de arreglos por los cuales una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana en el cual el género y el sexo de un/a individuo/a determinan su posición en la sociedad y los roles que le corresponden jugar, estableciéndose estos roles en posiciones jerárquicas que establecen lo femenino-mujer subordinado a lo masculino-hombre (MONTECINO, 1997). Al ser situacional, el SSG varía según el periodo histórico, la cultura, la clase social, e incluso las organizaciones políticas.

Epistemológicamente esta investigación se suscribe en las corrientes metodológicas feministas, cuestionando la existencia de la objetividad en las investigaciones sociales y humanistas, y entendiendo que la cercanía de la investigadora con las protagonistas es un elemento enriquecedor.

Sandra Harding, quien es parte de un grupo de teóricas feministas que provienen de las ciencias duras y realizan una ardua crítica contra la objetividad y la lejanía de quienes investigan respecto de lo investigado, plantea que la ciencia – así como las construcciones disciplinarias en general – son sociales, y por ello tremendamente marcadas por las estigmatizaciones del SSG frente a lo masculino y femenino. Ello significa que la noción absolutista de conocimiento riguroso entendido como racional, científico e impersonal; se vincula estrechamente con maneras de aprehender que culturalmente fueron asignadas a lo masculino. Por el contrario aquellas formas de investigar y relatar realidades de manera irracional, aceptando la subjetividad e involucrándose con lo investigado, fueron catalogadas como “mala ciencia”, precisamente porque la ciencia – así como las construcciones de las disciplinas que investigan – son eminentemente masculinas, patriarcales, y funcionales al SSG en el cual nacieron y se han desarrollado.

Harding plantea al respecto:

El feminismo sostiene que ningún ser humano contemporáneo escapa a la generización; en contra de la creencia tradicional, los hombres tampoco. Sostiene que la masculinidad – lejos de ser el ideal para los miembros de nuestra especie –, se aleja, al menos, tanto de lo paradig-

74 Niterói, v. 8, n. 2, p. 73-101, 1. sem. 2008





Tamara Vidaurrázaga

GÉNERO

máticamente admirable como ha sostenido que se alejaba la feminidad. El feminismo afirma también que el género es una categoría fundamental en cuyo ámbito se asignan significado y valor a todas las cosas, una forma de organizar las relaciones humanas. Si considerásemos la ciencia como una actividad plenamente social, empezariamos a comprender las múltiples formas en las que, también ella, se estructura, de acuerdo con las expresiones del género. Todo lo que media entre nosotros y ese proyecto son las teorías del género inadecuadas, los dogmas del empirismo y una importante proporción de lucha política. (HARDING, 1996, p. 51)

Al no existir una forma única u objetiva de conocer que todos y todas podamos practicar sin importar las diferencias etareas, de sexo, género, orientación sexual, étnicas, de clase, ubicación geográfica, histórica u otras; Harding plantea que lo honesto con quien nos lee o escucha, es señalar todas nuestras pertenencias identitarias e intereses particulares y asumirlas como parte del sesgo que nuestra investigación invariablemente incluirá:

La clase, la raza, la cultura, las presuposiciones en torno al género, las creencias y los comportamientos de la investigadora, o del investigador mismo, deben ser colocados dentro del marco de la pintura que ella o él desean pintar [...] Así, la investigadora o el investigador se nos presentan no como la de un individuo real, histórico, con deseos e intereses particulares y específicos. (HARDING, 1998, p. 25)

Evelyn Fox Keller, epistemóloga, quien también cuestiona el conocimiento científico como la única forma válida de aprehender, recalca la eficacia de utilizar lo personal para conocer y producir conocimiento y señala que las mujeres podemos realizar un aporte en este sentido dadas nuestras experiencias culturales:

El feminismo aporta una contribución única a estudios tradicionales de la ciencia; anima a que se use la pericia que tradicionalmente ha pertenecido a las mujeres – y no sólo como una perspectiva de mujer, sino como un instrumento crítico para examinar las raíces de las dicotomías que aíslan esta perspectiva y niegan su legitimidad. Trata de ampliar nuestra comprensión de la historia, la filosofía y la sociología de la ciencia mediante la inclusión no sólo de mujeres y sus experiencias concretas sino también de aquellos dominios de la experiencia humana que han sido relegados a las mujeres: a saber, el personal, el emocional y el sexual. (FOX KELLER, 1989, p. 41)

En este sentido, y teniendo en cuenta que una de las entrevistadas es madre de quien investiga, asumimos la relación que hay entre la investigadora – hija – y una de las investigadas – madre –, como una opción epistemológica, al igual que la cercanía con las otras dos entrevistadas, el cruce de las historias relatadas con la historia personal de la investigadora, y la constate tensión y juego entre distancia e involucramiento al relatar y analizar las historias de estas tres mujeres.

Siendo este un trabajo realizado a partir de las subjetividades propias y de las entrevistadas, consideramos impropio extrapolar las experiencias y análisis de estas tres mujeres a las miristas en general y menos aún a las mujeres de izquierda de

Niterói, v. 8, n. 2, p. 73-101, 1. sem. 2008 **75**





De víctimas a protagonistas. Empoderamiento feminista en tres militantes del MIR

Chile y Latinoamérica, si bien en muchos puntos los relatos coinciden con reflexiones realizadas por combatientes y activistas políticas de otras latitudes, y más de alguna lectora se identificará con las historias de Arinda, Cristina y Soledad.

Las citas de las protagonistas fueron obtenidas a través de entrevistas personales realizadas entre los años 2002 y 2003; y que forman parte de un trabajo mas amplio, en el cual se recogen sus historias de vida desde el comienzo de sus militancias y hasta el fin de la dictadura (1973-1990), y se analizan con una perspectiva de género en torno a dos ejes: maternidad y feminismo, siendo éste último el único que se expondrá en el presente artículo. También se incluyen citas obtenidas de documentos personales de las entrevistadas, tales como cartas, notas y un texto inédito, lo cual se especifica en el lugar indicado.

El contexto histórico

En 1970, Salvador Allende asumió como Presidente de Chile, apoyado por las fuerzas de la Unidad Popular (UP), referente en el cual se reunía una amplia gama de organizaciones de izquierda, sectores sindicales, y partidos escindidos de orgánicas tradicionales; bajo el lema de que unidas las clases populares podrían realizar los cambios radicales que la sociedad requería, sin necesidad de utilizar las armas (SALAZAR, 1990).

Así, tras el éxito de la revolución rusa en el mundo y la cubana en Latinoamérica, hubo un ascenso en la confrontaciones armadas principalmente en regiones de Indochina y África, mientras que Chile fue conocido en el mundo por proponer un experimento: la vía pacífica hacia el socialismo, consistente en llegar al poder por la vía electoral y mantenerlo siendo Gobierno (QUIROGA, 2001).

Durante el gobierno de la UP se estatizó el cobre, se profundizó la reforma agraria y se hicieron reformas que iban principalmente en pos de las clases más bajas. La oligarquía chilena, apoyada por el gobierno de Estado Unidos, realizó sabotajes económicos y comunicacionales (QUIROGA, 2001), creando un clima de desabastecimiento e ingobernabilidad con el fin de propiciar un golpe de Estado por parte de las Fuerzas Armadas y de Orden.

Las fábricas e industrias fueron abandonadas por sus dueños, siendo reabiertas por los propios trabajadores y trabajadoras, quienes incluso incrementaron las productividades de éstas. Para atacar el desabastecimiento – que tenía su origen en huelgas de transportistas y acumulación de productos por parte de quienes se encontraban en contra del gobierno de Allende – se inauguraron las Juntas de Abastecimiento Popular, encargadas de asegurar la llegada de los alimentos básicos a todas las familias por

76 Niterói, v. 8, n. 2, p. 73-101, 1. sem. 2008





Tamara Vidaurrázaga

GÉNERO

igual, mediante una libreta de racionamiento, y descubrir ante la opinión pública a quienes acumulaban productos ilegalmente (GUZMÁN, 1976).

En 1973 se produjo el golpe de Estado conducido por una Junta Militar y respaldada por las Fuerzas Armadas (marina, ejército, fuerza aérea) y Carabineros de Chile, y encabezada por Augusto Pinochet Ugarte, hasta el momento leal servidor del gobierno constitucional de Salvador Allende.

El golpe fue apoyado y propiciado por la oligarquía chilena y los partidos de centro y derecha. Algunos sectores políticos, como la Democracia Cristiana, apostaron a que tras la “estabilización” del país la Junta Militar entregaría el gobierno a manos civiles (MOULIAN, 1997). Sin embargo esto nunca sucedió. Se instauró un gobierno dictatorial presidido por Augusto Pinochet Ugarte. Las libertades constitucionales fueron anuladas por Estados de excepción y hubo una cruel represión hacia los opositores del régimen militar (MOULIAN, 1997, p. 177), quienes sufrieron torturas, desapariciones, detenciones y exilio.

En un primer momento la dictadura actuó represivamente a través de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), organismo que a mediados de 1979 se transformó en la Central Nacional de Inteligencia (CNI), más racional, específica y brutal aún en su actuar.

La dictadura finalizó en 1990, cuando – tras un plebiscito en el cual la mayor parte del electorado votó que NO quería continuar con Pinochet a la cabeza del país – asumió Patricio Aylwin, electo como representante de la Concertación. Esta coalición, compuesta por partidos de centro y centro izquierda, gobierna hasta la actualidad, aunque se mantienen leyes – por ejemplo el sistema electoral, la ley antiterrorista, o la penalización del aborto terapéutico – heredadas de la dictadura.

EI MIR

El Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) nació en agosto de 1965, bajo la Dirección de Trotskistas, sindicalistas y ex-militantes del Partido Socialista y Comunista (VITALE, 1997, p. 88). Nace con una política de “cuadros”, o sea reclutando a gente de cierto nivel político y militar, y siguiendo ciertos pasos de incorporación. El MIR se caracterizaba entonces por “elegir a sus miembros”, a diferencia del Partido Comunista que era un partido de masas.

En 1967 el MIR ya planteaba su rechazo al camino pacífico hacia el socialismo y a la teoría de la revolución por etapas, puesto que éstos no eran caminos a través de los cuales el pueblo podía hacerse del poder para alcanzar el socialismo (SANDOVAL,

Niterói, v. 8, n. 2, p. 73-101, 1. sem. 2008 **77**





1990, p. 40), el que sólo podía alcanzarse por la vía armada. Para este movimiento la vía electoral significaba, según los argumentos entregados en un discurso por Miguel Enríquez, Secretario General del MIR en la época: dar batallas políticas en un campo diseñado por el enemigo, consumirse orgánica y políticamente en un escenario infructuoso y fracasado, crearles falsas ilusiones a las masas y afirmar institucionalidad vigente, con la que estaban en desacuerdo (SANDOVAL, 1990, p. 43).

Sobre la lucha armada como uno de los puntales ideológicos del MIR se refiere Clodomiro Almeyda:

La vía armada, en el caso del MIR chileno, se constituyó en un principio que recorrió toda su elaboración política desde la estrategia más general hasta el tipo de tareas y el carácter del militante. No había otra manera, en su percepción, de hacer frente a la sistemática violencia antipopular de los aparatos armados del estado capitalista en América latina, orgánicamente enlazados a las estructuras militares y a las políticas intervencionistas del imperialismo norteamericano. Insistir en otros caminos, como el electoral, resultaba para ellos un esfuerzo probadamente inútil desde el punto de vista del objetivo socialista y en la práctica tendía a fortalecer la institucionalidad y el poder de la burguesía dominante aliada al imperialismo. (SANDOVAL, 1990, p. IX-X)

Durante la UP, y a pesar de que se opuso a participar en las elecciones por tacharlas de reformistas, este referente político apoyó la labor de Allende deteniendo toda acción armada meses antes de las elecciones presidenciales de 1970, y posteriormente protegiéndolo a través de la participación de miristas en el GAP (Grupo de Amigos del Presidente, guardia personal de Allende).

La represión de los primeros años de régimen militar fue especialmente enérgica para el MIR. En octubre de 1974 fue asesinado el histórico dirigente Miguel Enríquez y son desaparecidos y detenidos centenares de militantes.

Desde el 1º de junio al 31 de diciembre centenares de miristas cayeron en manos de la DINA y del SIFA [Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea]. Muchos murieron, otros recuperaron la libertad y partieron al exilio. Pero 123 de los apresados en ese período permanecen aún desaparecidos (CAVALLO; SALAZAR; SEPÚLVEDA, 1988, p. 42).

De víctimas a protagonistas

En Chile, desde que se inició la transición política, muchos líderes sociales manifestaron – incluso actualmente – la necesidad de un perdón basado en el olvido, como la manera más adecuada de comenzar esta etapa en nuestra historia. Borrón y cuenta nueva, a través de la ley de amnistía o el reciclaje de Pinochet-dictador en Pinochet-Senador, y la clarificadora sentencia de ex presidente Patricio Aylwin al iniciar





Tamara Vidaurrázaga

GÉNERO

la transición política en 1990, tras leer el Informe Rettig de Verdad y Reconciliación: "Habrá justicia en la medida de lo posible."

Según Pedro Milos esta es una manera histórica de apaciguar las beligerancias, dado el temor – por parte de quienes lideran Chile – de repetir las situaciones violentas del pasado "los principales actores políticos parecieran haber aprendido un modo histórico de defender los conflictos, que supone negociar el olvido necesario para garantizar la 'paz social'" (MILOS apud GARCÉS, 2001).

Sin embargo sucesos como la detención de Pinochet en Londres en octubre de 1998, cada nueva conmemoración del Golpe de Estado o el reciente Informe Valech sobre Prisión Política y Tortura (2004) evidencian de súbito la realidad chilena. Tal como indica Bruno Groppo: "Este pasado trágico permanece siempre presente en las memorias y sigue alimentando debates que hacen aparecer líneas de fractura muy netas en el seno de estas sociedades en donde memorias divididas y antagónicas siguen enfrentándose" (GROPPO; FILER, 2001, p. 19).

La desmemoria en la que hoy nos encontramos no es el resultado espontáneo de una etapa dolorosa, sino el producto de un método de control iniciado en la dictadura, que comprendió lo significativo de manejar el pasado con una aspiración política particular. Groppo señala

Los regímenes dictatoriales, y en particular los que aspiran a instaurar una dominación total sobre la sociedad, se esfuerzan por establecer un control absoluto sobre la memoria y sobre el pasado (con el fin de) modelar a su antojo las identidades sociales y, ante todo, la identidad nacional. (GROPPO; FILER, 2001, p. 28)¹

Nuestra identidad está desdibujada con un trazo intencional que los posteriores gobiernos concertacionistas han determinado no tensar por aprensión ante lo que pudiera suceder, y con el objetivo de construir una identidad-país sin contradicciones, homogénea en los grandes proyectos.

Fernando Reati señala, refiriéndose específicamente a los casos de Argentina y Uruguay, muy similares en este aspecto a la post dictadura en Chile: "La impunidad y el olvido son hoy la continuación de un proyecto militar iniciado en los setenta para subordinar la sociedad civil a un determinado modelo económico, cultural, jurídico y político" (BERGUERO; REATI, 1997, p. 18). Simulamos entonces que nunca los/as chilenos/as estuvieron en bandos opuestos, jamás un grupo asesinó a otro, no hubo discursos múltiples, ni proyectos políticos y valóricos de país diversos al que tenemos.

¹ Paréntesis de la autora.



Steve Stern plantea en *Memorias para un fin de siglo*, cómo las memorias emblemáticas son construcciones humanas, “La memoria emblemática es una gran carpa en que hay un ‘show’ que va incorporando y dando sentido y organizando varias memorias, articulándolas al sentido mayor. Este sentido mayor va definiendo cuáles son las memorias sueltas que hay que recordar, dándoles la bienvenida a la carpa y su show, y cuáles son las cosas en cuyo caso mejor es olvidarlas o empujarlas hacia los márgenes” (STERN apud GARCÉS, 2000, p. 14). Por supuesto estas memorias deben tener ciertas características para posicionarse en la sociedad; si bien es cierto que son construidas este investigador señala que “a la vez tienen que responder, para alcanzar a tener peso, a las experiencias, necesidades y sensibilidades reales de los seres humanos”. (STERN apud GARCÉS, 2000, p. 21)

Stern se refiere a cuatro memorias emblemáticas que han estado en pugna durante los últimos treinta años. De esas, la que hoy se levanta como hegemónica sin duda es la de la *caja cerrada*, o memoria como olvido. Una amnesia que describe como llena de memoria. La elección de cerrar el capítulo que nos divide como chilenos y chilenas, ha hegemonizado el discurso político de los últimos años, con la excusa de buscar la reconciliación.

Aunque las políticas de olvido en Chile han sido aplicadas desde los gobiernos, requieren un cuerpo social que las avale o por lo menos no disienta, actitud de precaución ante el potencial regreso de un pasado terrorífico, o como señala Reati “La necesidad de mirar fijamente hacia el futuro que se nos propone desde los gobiernos, tienen un eco favorable en grandes sectores de la población no sólo porque se teme al pasado en cuanto espejo que nos devuelve una imagen no deseada de nuestra identidad, sino además porque todavía se teme de un modo casi imperceptible que ese pasado se repita” (BERGUERO; REATI, 1997, p. 14). Esto explica el apoyo y escasa divergencia que han tenido las políticas del olvido aplicadas y aceptadas por la Concertación durante estos dieciocho años.

Grínor Rojo postula que la globalización – actual máscara del capitalismo – contiene como uno de sus principales postulados y consecuencias, el desprecio por la memoria colectiva, funcionando con la “tradicón de ruptura”. Esta es “La continua liquidación del pasado y la apuesta al presente como si éste fuera sólo un momento de tránsito hacia el progreso futuro, en el que sí se hallaría alojada la felicidad, pero una felicidad que por nada extraña paradoja no nos llega jamás” (ROJO, 2001, p. 3). Entonces, la feroz presión para aislar la memoria resistente en Chile se relacionaría también con que subvierte las bases mismas del sistema político y económico en el que vivimos.

Si el sufrimiento de las víctimas ha pretendido mantenerse en los márgenes de las memorias emblemáticas aceptables, más clandestinizados aún están los pro-





Tamara Vidaurrázaga

GÉNERO

yectos divergentes al hegemónico que se intentaron borrar mediante la represión. Ellos permanecen en los resistentes a la dictadura, y son sin duda lo más subversivo de la memoria, precisamente porque entregan herramientas para articular nuevas propuestas de vida.

Cuando el poder – o lo que Enrique Dussel llama la “razón hegemónica o dominadora” (DUSSEL, 1998) – se ha pronunciado a favor de reconstruir memoria, se ha reducido a recordar a los y las protagonistas en tanto víctimas. Sin embargo la diada víctima-victimario encubre complejidades tales como las experiencias cuestionadoras del orden establecido, y los ideales alternativos que los disidentes postularon, en lo político, económico, social, valórico, y también en las relaciones de género. Andreas Huyssen apunta a no estancar la memorias sólo en el trauma sino que ampliarlas para obtener un discurso articulador, lo que potencia a estos colectivos marginados de la historia oficial, “Reducir la memoria al trauma, creo, limitaría de manera indebida nuestra comprensión de lo que es la memoria, imprimiéndole demasiado exclusivamente el carácter de dolor, sufrimiento y pérdida. La memoria es más que una cárcel de un pasado infeliz” (HUYSEN, 1999).

Aquellos/as que resistieron a la dictadura traspasaron el simple rol de víctima al estar concientes de la injusticia que vivían y determinarse a provocar un cambio, con lo que se auto transformaron en “sujetos hacedores de mundo”, como lo señala Dussel. Fueron agentes activos de sus autoliberaciones, al decir de Paulo Freire, con el sólo acto de alcanzar la etapa de conciencia de la explotación en que se encontraban, concientización que además colectivizaron al organizarse primero en partidos de izquierda revolucionarios, y más tarde al resistir la dictadura de Pinochet, con lo que ratificaron sus compromisos con la necesidad de transformar el sistema. Paulo Freire señala sobre la importancia de lo dialéctico en la praxis liberadora: “La víctima, al descubrirse en-cubierta, ignorada, afectada-negada, comienza a tomar conciencia del sí mismo positivo, pero dialécticamente co-determinada por la ‘conciencia’ de la relación negativa con el sistema: descubrirse sí mismos (nos-otros) pero como explotados, en-cubiertos, excluidos” (FREIRE apud DUSSEL, 1998, p. 422).

Este camino de autoliberación para alcanzar lo que Enrique Dussel llama la “praxis liberadora”, o sea la actitud real y concreta de cambiar la sociedad que genera el estado de opresión, se observa doblemente en el caso de las mujeres que nos relataron sus historias de vida. De una parte viven un proceso liberador al hacerse militantes y pretender con ello cambiar política, social y económicamente la sociedad en que vivían; y por otra se empoderan con el feminismo, buscando reedificar las relaciones de género dentro del partido en el que militaban.

Estas prácticas son la manifestación concreta de que estas militantes sobrepasaron con creces el mudo papel de víctimas, optando por asumirse como sujetas activas

Niterói, v. 8, n. 2, p. 73-101, 1. sem. 2008 **81**





transformadoras de la razón hegemónica. Sobre la importancia que la búsqueda por cambiar la realidad tiene para lograr la praxis de la liberación, señala Paulo Freire:

Así como el ciclo gnoseológico no termina en la etapa de la adquisición del conocimiento ya existente, pues se prolonga hasta la fase de creación de un nuevo conocimiento, la concientización no puede parar en la etapa de revelación de la realidad. Su autenticidad se da cuando la práctica de la revelación de la realidad constituye una unidad dinámica y dialéctica con la práctica de la transformación(!) de la realidad. (FREIRE apud DUSSEL, 1998, p. 422)

Tras la desarticulación que implicó el golpe y luego la dictadura, hubo muchos debates acerca de la sociedad que se quería construir. Es esa diversidad, esas brechas aprovechadas por sujetos que fueron actores/as de cambios, lo que proponemos restituir con la memoria: no sólo las historias como perjudicados/as, sino todo aquello por lo que un grupo se volvió víctima de otro, las razones por las que osaron enfrentar el horror propagado por el régimen transformándose en sujetos "rehacedores de realidad", siguiendo a Dussel (1998, p. 436).

Viviana Díaz, ex Presidenta de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos en Chile, señaló en su discurso por la conmemoración del 11 de septiembre del 2002: "Recordar a los muertos tiene que ver también con recordar sus propuestas de vida." Y si los muertos ya no pueden relatar sus propuestas, muchos y muchas de los personajes que fueron parte de esos proyectos de vida contra hegemónicos, aún están vivos/as, y guardan memorias a las que recurrir, con el fin de conocer esa parte oculta de nuestro pasado. Al respecto Gloria Elgueta señala: "La memoria real está activa, está viva, encarnada en lo social, esto es, en individuos, grupos, naciones y regiones. Estas son las memorias necesarias para construir futuros locales diferenciales en un mundo global" (ELGUETA apud RICHARD, 2000, p. 35).

Coincidimos con Elgueta en que la falsedad es ante todo "un acto intencional, ya que *no hay mentira sin la intención, el deseo o la voluntad explícita de engañar*, y esto es lo que hace de la mentira un instrumento" (ELGUETA apud RICHARD, 2000, p. 35), por tanto comprendemos que en la omisión de no asumir toda nuestra historia hay un propósito de enterrar los proyectos divergentes a los que hoy dominan, al igual que el terror de Estado utilizado durante la dictadura para desactivarlos, con el fin de fomentar una reconciliación pactada sobre la base de ocultar las diferencias. Esos proyectos alternativos a la razón dominadora de la época y también de la actual entregan herramientas para articular proyectos de vida contrahegemónicos.

Así como en el olvido hay una intención política, la memoria puede entenderse como un argumento político. Surge entonces como un acto subversivo, una impertinencia histórica ante el olvido disciplinador. No es la acción neutra de recordar, sino la actitud reflexiva de conocer y comprender esos otros diseños de vida y de país que quedaron trancos, pero no aniquilados, como plantea Mabel Morana: "La memoria





Tamara Vidaurrázaga

GÉNERO

es un campo de batalla, un acto político y programático, un derecho que o se ejerce o se pierde" (MORANA apud BERGUERO; REATI, 1997, p. 40). Hacer memoria es buscar segmentos de ese pasado, y herramientas para enfrentar el futuro con más alternativas que las que aparecen como únicas: "La memoria [...] posee la capacidad de preservar el pasado pero, además, de ejercer actos de recuperación tendientes a regenerar una nación", señala Saúl Sosnowsky (SOSNOWSKY apud BERGUERO; REATI, 1997, p. 55).

Para que Chile logre cerrar el círculo de su historia, es imprescindible que además de la verdad exista justicia. Pero una justicia que más allá de lo formal se extienda a las memorias de las víctimas, sus proyectos y reflexiones. Frente a la represión de la memoria y la exaltación del olvido, surge la apelación a ésta en un doble sentido: como recuerdo y rechazo al pasado represivo, y como memoria de los proyectos e identidades perseguidas (MILOS apud GARCÉS, 2000, p. 40), lo que atenta contra la homogeneidad con que la transición se ha desarrollado.

Es interesante rescatar entonces todas esas intersecciones potencialmente constructivas, que han sido invisibilizadas más aún que los avatares vividos, puesto que entregan herramientas para erigir nuevas propuestas, en un marco de diversidad democrática, entendiendo la democracia en términos de Saúl Sosnowsky: "En una verdadera democracia, la pluralidad como valor [...] constituye la fuerza misma de la construcción de la nación" (SOSNOWSKY apud BERGUERO; REATI, 1997, p. 54).

Una de las peculiaridades de la amnesia que la sociedad civil asumió con el fin de evitar exponerse a un nuevo golpe de Estado, es el aislamiento de las víctimas, más aún de aquellas que no se han sometido a tan escueto concepto. Los hombres y mujeres que una vez levantaron propuestas para transformar la sociedad, hoy son aceptados/as a condición de que renieguen de su pasado, y con ello de los proyectos que propusieron.

Steve Stern propone el concepto de nudos convocantes, que engloba a personas, lugares o fechas que evocan a la memoria: "Los nudos convocantes de la memoria son a menudo fenómenos molestos y conflictivos. Son gritos y griterío. Exigen la atención" (STERN apud MILOS, 2000, p. 27) señala Stern. Hacer memoria de estas tres miristas, tiene también el sentido de entregarle la palabra a nudos convocantes que no han tenido espacio para aportar a la construcción de las memorias emblemáticas de nuestro país. Estas mujeres, ataduras molestas para el olvido hegemónica, se reivindicaron a sí mismas al relatar sus experiencias. Esos cuerpos que a través de la tortura intentaron ser vaciados de memoria, son nudos necesarios de escuchar.

La escritora Gioconda Belli quien fue parte activa de la lucha sandinista, prologa su autobiografía "El país bajo mi piel" explicando la necesidad de reclamar la existencia

Niterói, v. 8, n. 2, p. 73-101, 1. sem. 2008 **83**





de su pasado guerrillero en Nicaragua, en especial al vivir en Estados Unidos, donde parece una mujer más de las muchas que recogen sus hijos en el jardín infantil. “Yo también fui esa otra”, afirma (BELLI, 2001). Y también fueron otras nuestras entrevistadas, aunque trabajen de profesoras en comunas periféricas, realicen sesiones de Reiki o atiendan público con traje de dos piezas, sin que los clientes, pacientes o estudiantes sepan que un día ellas dejaron a sus hijos/as, tomaron las armas, y en el camino se hicieron feministas. Como un grito de identidad, estas vanguardistas quieren ser oídas, sacar a la luz esa “otra historia” que hoy día parece no haber existido ante ojos ajenos, pero que llevan bajo la dermis, indespegable, como dice Belli.

Si los proyectos alternativos como el MIR han sido borrados de nuestro pasado, más aún lo han sido las mujeres que participaron de este constructo; y sobre todo aquellos capítulos de sus vidas que dan cuenta de las estrategias de sobrevivencia en medio del dolor y el miedo. Estas estrategias – específicamente en el caso de las tres mujeres a que se referirá este artículo – provocaron cuestionamientos, resistencias y cambios en sus medios sociales, especialmente en el Partido al que estaban afiliadas, ya que la militancia ocupaba la mayor parte de sus vidas.

En el patriarcado, así como en todos los sistemas dominantes, hay estrategias para mantener a los excluidos del poder, en este caso lo femenino y las mujeres, en una constante rivalidad que no permite enfrentar las ideologías opresoras, transformándose en retransmisores de su subordinación. Esta competencia nos es inculcada a las mujeres, y una de sus consecuencias es el desconocimiento de lo que nuestras antepasadas avanzaron en sus luchas. El contrasentido entonces es marchar en la dirección contraria, buscarnos en las experiencias de nuestras pares, reconstruir un futuro que recoja esos aprendizajes, reconocernos en la genealogía, como señala la italiana Luisa Muraro, “La apropiación, sin plagio y sin resentimiento, de la riqueza del pensamiento de una mujer a otra mujer, es algo que se necesita crear mentalmente y fisiológicamente” (MURARO, [200-], p. 5).

Empoderamiento feminista. Desentrañando las tensiones identitarias

A lo largo de la historia, las situaciones de emergencia abrieron brechas para que las mujeres se salieran de los moldes impuestos por el SSG. Suele suceder que en periodos de excepción y crisis, las mujeres se sientan lanzadas a una participación política mayor, espacio que les permite crecer y cuestionarse su situación en general dentro de la sociedad (TARRÉS, 1987, p. 80). Muchas veces el ingreso masivo a los movimientos políticos revolucionarios, les dio oportunidades de cambiar los moldes genéricos que la cultura les imponía. Se cuestionaron la discriminación al ver que eran capaces de asumir las mismas responsabilidades que sus compañeros, se educaron

84 Niterói, v. 8, n. 2, p. 73-101, 1. sem. 2008





Tamara Vidaurrázaga

GÉNERO

y cuestionaron las tradiciones, por lo que las relaciones genéricas convencionales se tensaron y replantearon. En el caso de estas tres mujeres, el MIR fue un espacio de brechas dentro del SSG hegemónico, intersticios que posibilitaron transformaciones y transgresiones en este sentido. Luce Irigaray señala al respecto: “No olvidemos tampoco que tenemos ya una historia que algunas mujeres han marcado, aunque esto hubiera resultado culturalmente difícil, historia que muy a menudo no conocemos” (MURARO, [200-], p. 3).

Aún cuando los partidos de izquierda no fueron nidos de igualdad genérica, sino que mantenían la dominación patriarcal, hubo fisuras que permitieron a algunas militantes dar un vuelco respecto de cómo entendían su compromiso político, en tanto sujetas de izquierda cruzadas también por la toma de conciencia feminista. La mexicana María Luisa Tarrés plantea que

Aún cuando sepamos que estadísticamente es mayor la probabilidad de abandonarse pasivamente a la situación o aceptar la desigualdad que consagra la desigualdad genérica y la supremacía masculina, es importante rescatar la experiencia de mujeres que han hecho uso de la voluntad para ser, ya sea individual o colectivamente. También se hace necesario comenzar un análisis de las circunstancias en que se desarrolla la vida de las mujeres para detectar cambios, rupturas en los mecanismos de reproducción que si bien implican conflictos, crean la oportunidad de desviarse de su destino. (TARRÉS, 1992, p. 24)

En este sentido, las historias de vida de estas mujeres no buscan rescatar las experiencias representativas de las mujeres de una generación, sino aquellas acciones que cambiaron el curso tradicional de los acontecimientos, provocando fisuras que – sumadas a las de otros y otras individuales – van conformando cambios sociales en el sistema hegemónico. Es precisamente, esas brechas que estas mujeres abrieron, sobre todo en el ámbito de las relaciones de género, lo que me interesa conocer y rescatar con esta investigación.

Nos interesa profundizar respecto de lo que implicó ser miristas para estas mujeres en relación con las transgresiones de género observadas en sus relatos. Ello significa examinar las subversiones que existían desde el MIR al SSG, así como la reproducción de este orden dominante; y el nudo identitario producido por la tensión militancia partidista versus identidad feminista. Esta tirantez se agudizó con las sanciones recibidas por estas mujeres, tanto de parte de sus compañeros miristas, incomprensivos ante las nuevas búsquedas de ellas; como de los organismos represivos de la dictadura, que les infringieron torturas suplementarias sólo por ser mujeres y transgredir el orden de género.

Nos centraremos también en el lapso en que nuestras entrevistadas alcanzaron la etapa de autoconciencia de la subordinación femenina, y posteriormente el empoderamiento feminista, autoidentificándose con esta teoría y aplicándola en sus vidas

Niterói, v. 8, n. 2, p. 73-101, 1. sem. 2008 **85**





personales así como dentro de sus militancias, pero aún con la constante tensión identitaria militancia política-feminismo.

Empoderarse, en términos generales, implica que las mujeres modifiquen la imagen que tienen de sí mismas, que cambien lo que creen sobre sus derechos y capacidades, y desafíen sus sentimientos de inferioridad (MURARO, [200-], p. 21), exigiéndole al entorno político, que les responda a sus nuevas demandas. Tal como lo describe Paulo Freire en “La pedagogía de los oprimidos”, nos interesan las memorias de estas tres militantes, pues creemos que vivieron un proceso de *aprendizaje liberador*, donde pasan desde una conciencia no reflexiva – donde la persona es objeto y no selecciona – hasta la visión de conciencia crítica, donde el individuo se transforma en un sujeto que se encuentra con la realidad, pudiendo tomar decisiones y hacer cambios.

Por empoderamiento entenderemos entonces que las personas adquieran el control de sus vidas, logren la habilidad de hacer cosas y de definir sus propias agendas. Y nos referiremos a un “empoderamiento feminista”, cuando se produce en una alteración radical de los procesos y estructuras que reproducen la posición subordinada de las mujeres como género en la sociedad (LÉÓN, 1996).

Veremos entonces cómo estas tres mujeres sortearon el nudo militancia política-feminismo, resolviéndolo de forma tal que aprendieron a convivir con ambas identidades y a reivindicar esta simbiosis; permitiéndoles satisfacer búsquedas realizadas a lo largo de sus militancias.

Tensiones identitarias militancia política-feminismo

Las tensiones identitarias observadas en los relatos de estas tres mujeres se originaron en una inconsistencia al interior del MIR: Si bien esta orgánica asumió un discurso revolucionario y promovió transformaciones radicales en la sociedad cuyo objetivo último era la equidad y justicia social; en la práctica reprodujo gran parte de los esquemas propagados por el sistema o la razón dominante, al decir de Dousset. Ello porque el poder, y la verdad hegemónica tras éste, no sólo se mantienen reprimiendo, sino que reproduciendo discursos y saberes asimilados incluso con placer, como señala Foucault (1978, p. 182). Gracias a ello el poder se mantiene eficientemente, y así orgánicas como el MIR – que discursivamente se planteó contrario a la razón dominante e incluso en muchos aspectos posibilitó transgresiones al orden genérico – reprodujo en su interior el SSG hegemónico de la sociedad contra la que luchaba.

Parte de esta reproducción se evidenció en el abrupto divorcio que mantuvo el MIR entre lo que tradicionalmente entendemos como espacios público y privado,





Tamara Vidaurrázaga

GÉNERO

provocando agudas tensiones durante las militancias de estas tres mujeres. Esta escisión las hizo sentir fragmentadas y presionadas a optar por una de sus identidades: ¿Eran mujeres antes que miristas, o viceversa? Era difícil negar el género, pero al mismo tiempo parecía superfluo anteponer los problemas femeninos a la lucha de clases. Este nudo se ha reiterado en todos los movimientos y partidos políticos con participación femenina, no obstante en las luchas armadas resultó más apremiante: ¿Había tiempo en medio de tanta muerte para reflexionar sobre la especificidad de las mujeres? Parecía ser la pregunta en torno a la cual se desarrollaron las tensiones sobre las cuales nos interesa ahondar.

TRANSGRESIONES AL SISTEMA SEXO-GÉNERO DESDE EL MIR

Es indudable que ingresar a una organización como el MIR fue un paso posibilitador de las transgresiones de género, así como del empoderamiento feminista que evidenciaron los relatos de vida de estas tres mujeres.

La certeza de que podían asumir similares responsabilidades que sus compañeros contribuyó a que estas militantes cuestionaran el modelo impuesto por el SSG hegemónico y reforzaran sus autoestimas, paso fundamental en un proceso emancipatorio (LEÓN, 1996, p. 21).

Asimismo ingresar a la política pública y especialmente a una organización que propugnó la vía armada como estrategia de lucha, significó para estas mujeres quebrantar las fronteras de lo femenino, perturbando el binarismo masculino/público/activo, versus femenino/privado/pasivo.

Al igual que en otros periodos históricos excepcionales, en la dictadura chilena las mujeres fueron llamadas a ser parte de la política nacional, pues la urgencia hizo necesario aunar todas las fuerzas disponibles en contra de un enemigo común: Pinochet (VALENZUELA, 1987). Estos espacios de participación generaron brechas a través de las cuales se colaron diminutas subversiones, en este caso al SSG, transgresiones que preceden los grandes cambios. Así el MIR, a pesar del sexismo que reprodujo y que se evidenció en los relatos, posibilitó las subversiones y empoderamientos que estas militantes alcanzaron posteriormente en sus vidas.

Una de las características del MIR que llamó la atención de Soledad cuando comenzaba la militancia, fue el gran número de mujeres que participaban en esta orgánica, a diferencia del resto de los partidos tradicionales, incluidos los de izquierda. Otra rasgo que la atrajo, fue que dentro de este espacio político había lugar para desarrollarse no sólo en términos de militancia sino también en el ámbito de lo privado, por ejemplo el de una sexualidad responsable, como al ser instruida por otra militante para tomar anticonceptivos siendo estudiante de secundaria.



De víctimas a protagonistas. Empoderamiento feminista en tres militantes del MIR

Esta percepción es particularmente interesante puesto que rompe con la tradicional y tajante división que hacen los partidos políticos de lo público y lo privado, independiente de que este divorcio de espacios se haya mantenido a lo largo de las militancias de estas mujeres, cuestionamiento reiterado en los relatos y eje del nudo identitario militancia política-feminismo.

Según Soledad, las miristas parecían diferentes a otras militantes de izquierda, y las relaciones de parejas – por ende – se teñían de un cariz innovador. No obstante en la mayoría de los casos aún no tenían hijos, lo que obviamente favorecía un barniz de equidad que con el tiempo estas militantes cuestionaron. Al parecer los ciclos vitales de las mujeres tuvieron directa relación con el grado de compromiso y equidad participativa al interior del MIR. Así, mientras eran estudiantas sin responsabilidades familiares las diferencias con sus parejas se atenuaban; no obstante en la etapa de emparejarse y tener hijos las desigualdades se visibilizaron. Y más tarde, con hijos ya crecidos, las mujeres podían retornar a una participación política más activa.

REPRODUCCIÓN DEL SISTEMA SEXO-GÉNERO AL INTERIOR DEL MIR

No obstante participar en el MIR y en una resistencia armada impulsaron a estas tres mujeres a empoderarse, asumiendo y cuestionando la subordinación en que se hallaban, los relatos dan cuenta de cómo esta orgánica operaba subterráneamente con la misma lógica sexista que el sistema contra el que combatía.

Aunque transcurrieron años desde que comenzaron a militar en el MIR hasta que tuvieron conciencia de que ser mujeres era más que un dato en sus vidas, apenas ingresadas a este partido se sintieron en un espacio tradicionalmente masculino. La convicción de lograr algo negado a su género enorgullecía a Cristina, sin embargo confirmaba que ella era una excepción a la regla y que ser mujer implicaba desventajas aún dentro de este partido revolucionario.

Como yo estaba en el FTR [Frente de Trabajadores Revolucionarios] para mí era lo máximo que yo estuviera en una organización siendo mujer, donde había puros hombres, para mí fue súper importante [...] Había por ejemplo una pelea con los comunistas, que era con los que más peleábamos. Todos llegábamos al local del FTR y decían “Ya, los linchacos y los cascos ponérselos”, porque teníamos linchacos... venían las mujeres y decían “No, las mujeres no, quédense”, entonces íbamos todos corriendo igual como cuando se va a apagar un incendio, que los bomberos se van poniendo las cosas en el camino. Nosotros llegábamos y subíamos y yo con mi casco, y a nosotras nos hacían a un lado y eran los hombres los que salían con sus cascos, sus cadenas y sus linchacos. Entonces yo decía, por qué. Me hacía preguntas pero nunca las consultaba. Y me decía que esto seguramente es porque los compañeros ya tienen experiencia y saben, y no quieren que nos pase nada. Pero en el fondo era un problema de machismo no más. Desde que ingresé así lo vi, súper marcado. (CHACALTANA, Entrevista 09/10/02)





Tamara Vidaurrázaga

GÉNERO

Para Soledad la inequidad dentro del MIR se evidenció en la distribución del poder, especialmente en la jerarquía de esta orgánica, reproduciendo el patriarcado. Las tres entrevistadas señalaron que durante sus militancias fueron testigos y protagonistas del sexismo con que actuaba el MIR, especialmente con el cuidado de los hijos. Sin embargo estas cuestiones no surgieron como temáticas dignas de análisis personal sino hasta el exilio en Europa o incluso más tarde en la cárcel, cuando impugnaron la actitud patriarcal del Partido y sus compañeros respecto a tópicos que comenzaron a ser fundamentales para ellas, como las relaciones de pareja o la responsabilidad de criar a los hijos/as, abriendo así la brecha entre sus roles como miristas y la conciencia feminista que nacía en ellas, origen del nudo identitario sobre el que nos interesa fijar la mirada.

Si hay un hombre y una mujer ¿quién va a la reunión? El hombre. Es un hecho que quien es la primera responsable por los niños es la mamá, entonces esas cosas igual se repetían afuera. Se repetía en la cosa laboral. Quiénes eran los primeros para postular a becas, quiénes eran los primeros que buscaban trabajo y les daban: eran los hombres. En el fondo se repetían ciertas cosas que igual postergaban a las mujeres en los diferentes ámbitos y también en el político. Estamos hablando sobre todo de parejas ya con niños. (ARÁNGUIZ, Entrevista 28/10/02)

El entrenamiento militar que realizaron en Cuba entre 1979 y 1980 fue una suerte de metáfora de lo que serían sus vidas militantes: en sus relatos señalan que batallaron el doble para igualarse a sus compañeros, ocultando las diferencias que las ponían en desventaja y que evidenciaban la molesta feminidad en un espacio construido desde lo masculino, al que tuvieron que adaptarse descarnadamente.

Este esfuerzo dio como resultado un rendimiento impensado, como en el caso de Soledad, quien en 1980 llegó a ser jefa de su escuela de guerrilla en Cuba, mayoritariamente compuesta por hombres. Sin embargo estar a cargo de sus compañeros evidenció las diferencias de género que se mantenían aún dentro de esta orgánica subversiva.

Eso significaba que tenía que meterme al mundo de los hombres y competir con ellos, no llegar a ser físicamente como ellos, porque eso ya es mucho pedir, pero sí hacer un gran esfuerzo por estar a la altura [...] En lo que era más complicado de todo, era en el tema de la competencia, era como que si tú te habías metido al mundo de los hombres, no podías después echarte para atrás, ya tenías que apechugar no más. Y los hombres te tenían el ojo puesto encima, te lo tenían puesto. [...] Una tiene que ser la primera en levantarse, la última en acostarse, tiene que demostrar que uno está en el cargo porque se lo merece, y además uno está a cargo de hombres. (ARÁNGUIZ, Entrevista, 26/10/02)

Incluso tras haber pasado por la escuela de guerrilla y el retorno clandestino a Chile, salvando todas las diferencias con sus compañeros y demostrando que tenía las mismas capacidades y agallas que ellos, Arinda fue tratada peyorativamente por un dirigente mirista.



GENERO

De víctimas a protagonistas. Empoderamiento feminista en tres militantes del MIR

Después de unos meses finalmente se concretó la reunión con uno de los jefes de la estructura: “Ah, tú eres la ex compañera de...”; “¡Pero qué te has creído!, yo no soy la ex, ni la actual, ni la futura compañera de nadie, ¡yo soy yo!”. Enseguida la brillante intervención de Jaime “Eso pasa por no tener perfil político propio”. Todavía me da vueltas esa opinión que espero con el tiempo haya cambiado. Pero... asumir el retorno, separarse del hijo, dividirse la vida... y no tener perfil propio. (OJEDA, 2001, p. 18)

SANCIONES A LA EMANCIPACIÓN

En las sanciones que estas mujeres recibieron tras subvertir el orden, tanto desde el Partido y sus compañeros y compañeras, como desde los aparatos represivos de la dictadura; se evidenció ásperamente el nudo militancia política-feminismo, y el castigo social como resultado de esta doble subversión. Desde el MIR y sus compañeros, en repetidas oportunidades se las catalogó de descentrarse de la lucha principal.

Nosotras les explicábamos a los compañeros que la sociedad era como un cuadrado, en la mitad horizontal hay una línea que separa a las clases altas de las bajas, y en sentido vertical hay otra que separa a hombres de mujeres, y ambas eran importantes, por las dos debíamos luchar, pero para muchos era una desviación. (ARÁNGUIZ, Entrevista, 26/10/02)

Arinda fue presionada abiertamente a escoger entre su regreso a Chile y participar en los grupos de autoconciencia en 1978, cuando apenas coqueteaba con el feminismo.

Estaba en los grupos de apoyo cuando las mujeres decidimos reunirnos por nuestra cuenta y eso causó un escándalo dentro del Partido [...] Cuando se iba a realizar la tercera reunión hubo serios de llamados de atención. Yo fui super cobarde, ya estaba con la idea de irme a Cuba. Y me dijeron “acuérdate que tú estabas por irte a Cuba y estás priorizando por otras cosas antes que volver a Chile”... Yo dije que eran sólo reuniones y pensé que estaba arriesgando volver a Chile, entonces no me atreví. No me atreví a ponerme en la disyuntiva en ese momento, y creo que fue muy difícil escoger entre la militancia feminista y la partidaria. (OJEDA, Entrevista 16/11/02)

Años más tarde, entre 1984 y 1990, Cristina, Arinda y Soledad se encontraron en la cárcel de Coronel, donde fueron parte de un grupo de prisioneras políticas que participaron transgresora y críticamente dentro el MIR y la izquierda revolucionaria de entonces. Estas militantes y feministas fueron tildadas por círculos de amigos/as y compañeros/as de partido como “las locas”, dados sus comportamientos supuestamente indebidos.

Rompiendo con las rigideces partidistas de la época, estas detenidas generaron amistades con feministas y lesbianas, se enamoraron de gendarmes o presos comunes y dedicaron largas horas del día a estudiar a Simone de Beauvoir y a reflexionar sobre sus propias experiencias femeninas. Estas actitudes causaron resquemores en un partido que atribuía al feminismo la “excesiva” flexibilidad moral de estas militan-

90 Niterói, v. 8, n. 2, p. 73-101, 1. sem. 2008





Tamara Vidaurrázaga

GÉNERO

tes, y vislumbraba la teoría feminista como una “desviación” al problema central de la pugna: la lucha de clases. La necesidad de relacionarse amorosa y sexualmente con las parejas, actitudes que se comprendían entre los militantes varones, eran reprendidas en ellas, quienes debían promover una imagen ascética de exclusivo compromiso político.

Éramos raras. Las de “Coronel” eran criticadas por parte de los varones. Por ejemplo cuando salió un artículo de la revista CAUCE y decía “hermanas feministas”. Esa cosa como que no gustaba. Por otro lado había una crítica a que reivindicáramos el derecho al amor y a enamorarse incluso estando presas. Eso era chocante. Se nos pedía ser militante, duras y guerreras. Como que la guerrera no puede amar. (OJEDA, Entrevista, 16/11/02)

Arinda recibió serias críticas al lanzar su primer libro de poesías editado en 1988, puesto que no se declaró mirista cuando lo publicó y además sus poemas se alejaban de lo meramente político, alcanzando matices eróticos. Ello la distanciaba del arquetipo de militante rígida, racional y asexuada impuesto en la época, acercándola más a su identidad feminista y femenina.

No sólo en sus entornos inmediatos estas militantes fueron sancionadas. Durante las torturas a las que fueron sometidas por los aparatos represivos de la dictadura, recibieron castigos extras por atreverse a transgredir las normas sociales tanto a nivel político como moral. Estas mujeres, que encarnaban a Eros y Tánatos – la vida y la muerte – al unísono, causaron pavor entre los torturadores, quienes las maltrataron también por desbordar los cánones de lo que ellos podían comprender. La doble transgresión que reconocían, era doblemente molesta para el sistema representado por los torturadores, quienes a través de los flagelos buscaron reparar las fisuras que estas mujeres abrieron en el sistema.

En la tortura, para un hombre que los pongan con las patas abiertas y con los testículos al aire frente a un montón de hombres es terrible. Pero para una mujer frente a un montón de hombres, en que nos metían cuestiones para dentro. En que no es sólo la electricidad. No es lo mismo. Para un hombre que lo agarren del pene, no es lo mismo que nos agarren a una mujer de los pelos del pubis. Porque para nosotras la cuestión sexual la vemos diferente y culturalmente estamos formadas de manera distinta frente a nuestro cuerpo. (OJEDA, Entrevista, 14/12/02)

Un apelativo que Arinda recibió en la tortura, coincidiendo con Cristina y Soledad, fue el de puta, calificativo con que los torturadores resumían la libertad sexual y amorosa que alcanzaron estas mujeres, así como la soberanía sobre sus cuerpos, rasgos escandalosos ante la mirada de los agentes reproductores de los más reaccionario del SSG hegemónico. Arinda recibió ofensas y cuestionamientos puesto que los agentes represivos estaban enterados de que ella era una mujer casada, al mismo tiempo que observaron su relación con “el flaco”, mirista con el que esta mujer mantuvo una historia de amor secreta en plena clandestinidad. Así ambos evadieron los

Niterói, v. 8, n. 2, p. 73-101, 1. sem. 2008 **91**





controles de su organización que no permitían uniones que no fuesen previamente informadas, aludiendo a la “compartimentación” o normas de seguridad. Tal era la situación que Arinda nunca supo el nombre verdadero de “el flaco”, aún cuando vivió con él, perdiendo todo rastro de este militante al caer detenida, y sin volver a verlo nunca.

El Flaco, no sabían quien era, pero había fotos. Sabían que yo era casada, entonces, primero me pegaban por puta, me pegaban por madre desnaturalizada, me pegaban por estar metida en cosas de hombres, y al final me pegaban por la huevada que había hecho, pero me pegaban también por esas tres cosas, por haber dejado botado al hijo, por meterme en estas cosas que no son para la mujeres, y por puta, porque según ellos nosotras las miristas éramos todas putas. Ellos tenían un dicho “las miristas son más peligrosas en la cama, que con un AKA en la mano”; eso me decían. Según ellos yo me había acostado con todo el mundo. Y eso pasaba porque sabían el hecho de que era casada y no había más. (OJEDA, Entrevista, 17/11/02)

Dentro de las emancipaciones que estas militantes alcanzaron, sin duda la sexual fue la que mayor escozor causó entre sus compañeros de partido y los agentes represivos, así como dentro de la sociedad. Y fue precisamente en este plano, a través de apelativos, prejuicios e inclusive en la tortura, que se las sancionó más firmemente.

Conciencia de la inequidad y empoderamiento feminista

Cuando hablamos de poder nos interesa comprenderlo en los términos de Foucault, o sea una maraña de relaciones, procedimientos y estructuras que funcionan en múltiples sentidos, evitando caer en el reduccionismo dominante-dominado, en el que el primero sanciona y el segundo acata pasivamente a pesar suyo o como mero reproductor inconsciente del sistema (FOUCAULT, 1978, p. 171).

Ello, porque donde existen relaciones de poder y represión, necesariamente existen resistencias, ya que a pesar de que el poder se encuentre en todas partes y de manera multiforme, los sujetos tienen la capacidad de resistir e incluso cambiar las situaciones represivas en que se hallan. Al lograr una resistencia a nivel micro, personal, logrando la autonomía de sí misma en algún nivel al menos, podemos hablar de empoderamiento.

Cristina, Arinda y Soledad vivieron este proceso, en el cual se transformaron de individuos pasivas a sujetos históricos de la transformación (DUSSEL, 1998) y propagadoras de una manera más equitativa de generar relaciones entre los sexos y los géneros, tanto a nivel personal como dentro del MIR y en la sociedad.

92 Niterói, v. 8, n. 2, p. 73-101, 1. sem. 2008





Tamara Vidaurrázaga

GÉNERO

Ello es interesante puesto que resistir al poder no implica que no se esté a la búsqueda de éste, o que el poder sea lo combatido por quienes cumplen el rol de dominados. Más bien son las estructuras y verdades mantenidas a través de poderes hegemónicos lo que se intenta dismantelar, con el fin de propagar otros múltiples discursos que diversifiquen el panorama y permitan una mayor autonomía y posibilidad de elección.

En el caso de Arinda y Soledad, hubo hechos puntuales que les detonaron cuestionarse sus vidas a partir del dato de sus feminidades. Ambas descubrieron este tema en el exilio, cuando geográfica e históricamente el movimiento feminista se encontraba en pleno auge en la Europa de los '70, produciendo conocimientos y actividades políticas.

Arinda vio en las calles de Italia, entre 1974 y 1978, cómo las feministas marchaban quemando sostenes, leyó a las teóricas y participó en grupos de autoconciencia junto a otras miristas, causando pánico entre sus compañeros de militancia.

Soledad relató cómo creció políticamente en Bélgica, donde estuvo exiliada entre 1976 y 1979, formándose junto a militantes de alto nivel. Tras encontrar el primer texto de Alexandra Kollontay tuvo la convicción de que aquellos cuestionamientos que en ella eran incipientes, habían sido formulados y analizados latamente por otras mujeres a lo largo de la historia, y se apropió de ellos.

¿Y qué pasó en la unión soviética con la mujer? Es que nunca me lo había preguntado. Siempre se ha hablado de Lenin, de Trotsky, todos hombres pero ¿habrán participado mujeres en la Revolución Rusa, Yo por primera vez me lo pregunté. Había leído "La orquesta Roja" hace años y no aparecían mujeres... y empiezo a estudiar y de repente alguien me dice que hubo una Alejandra Kollontay, que fue la primera mujer que leí y fue tan importante y estuvo tan involucrada y dejó tanta historia en la Unión Soviética como Lenin, pero ahí me encuentro con que como era mujer, yo me sabía la Revolución Rusa al revés y al derecho, pero no tenía idea que había una Alejandra Kollontay, no había escuchado de ninguna mujer en la revolución rusa. Y me pongo a buscar material en Bélgica, y encontré un librito flaquito que se llamaba algo así como "La emancipación de la mujer", es lo único que encontré en Bélgica [...] Y decirme, "Esta mina lleva años hablando de la emancipación de la mujer, y nosotros recién ahoraándonos cuenta". Y me doy cuenta que había una autocensura que se producía en todas partes con las mujeres. (ARÁNGUIZ, Entrevista, 05/10/02)

El acercamiento al feminismo sumado a crisis individuales permitió que el exilio fuese determinante para Arinda y Soledad, alterando las comprensiones respecto de sus roles y concientizándolas sobre el nudo provocado por la tensión militancia política-feminismo.

Niterói, v. 8, n. 2, p. 73-101, 1. sem. 2008 **93**





Las crisis de Arinda y Soledad, a pesar de tener orígenes diferentes, las condujeron a replantearse como individuos autónomas, independientes de sus parejas y familias. Arinda se alejó primero de su marido por una crisis de pareja y luego porque él retornó a Chile antes que ella, Soledad quedó sola en Bélgica cuando su compañero partió al entrenamiento en Cuba dejándola con sus dos hijas. Al enfrentarse por sí mismas al mundo, descubrieron capacidades y deseos nuevos en ellas, y reformularon su compromiso político con la militancia.

Cristina en cambio no dio cuenta de un momento específico en el que su femi- nidad comenzó a ser un cuestionamiento constante. En el exilio, observó a las parejas militantes, las que recuerda inequitativas, no obstante el haber compartido con su esposo durante el exilio y la clandestinidad, y el no haberse producido crisis personal ni política durante su destierro, parece haber diluido las preguntas que para Arinda y Soledad se presentaron urgentes. Sin embargo al llegar al presidio de Coronel ya hay un avance personal en el tema, lo que le permitió a Cristina ser parte de un colectivo de recluidas feministas. Su encarcelamiento coincidió con la muerte de su esposo, hito que implicó una crisis y el replanteamiento más sistemático de su vida.

Se me moría la mitad de mi vida. Pero el hecho de no verlo, era como que no me dejaba creer que había muerto. Y de hecho cuando yo salí, que fui con Bernardo al cementerio, lloré toda la mañana, y Bernardo siempre me dice "Negra, yo nunca he llorado tanto, por un compadre que ni siquiera conocí". Yo ingresé al cementerio como a las ocho y media, y estuve ahí llorando como hasta las once de la mañana. Recién después de cinco años pude hacer mi duelo, porque estaba con la tumba ahí. Nosotras no podíamos ir a los entierros, ni nada, y todo lo que ingresaba a la cárcel, ingresaba clandestino. (CHACALTANA, Entrevista, 11/02/03)

El encuentro de estas mujeres con sus feminidades, y más tarde con el feminis- mo propiamente tal, las impulsó a repensar sus conductas, permitiéndose espacios de tolerancia en aspectos de su vida que anteriormente quedaron rezagados por las tareas políticas. El MIR no consideraba los aspectos personales de los y las militantes, separando parejas, prohibiendo ver a la familia y los/as hijos/as o incumbiéndose en las elecciones amorosas. Si bien muchas de estas órdenes son comprendidas y justifi- cadas hasta hoy por estas tres mujeres, el tiempo las hizo cuestionarlas incluso como estrategia organizativa que – al desconocer un ámbito primordial de la existencia de las personas – incurría en errores frecuentes. Por ello las exigencias referidas a la intimidad de los/as miristas eran constantemente transgredidas, lo que se constata en las historias de Cristina, Arinda y Soledad.

El empoderamiento de estas militantes se tradujo en la adquisición de concien- cia de su subordinación, una mayor autoafirmación y la capacidad de cuestionar las estructuras genéricas en que se encontraban, así como demandar cambios al interior de sus organizaciones, fundamental en todo proceso emancipatorio. Plantearon la





Tamara Vidaurrázaga

GÉNERO

necesidad de realizar transformaciones no sólo en la categoría de lo que se ha llamado la esfera pública, sino también en el plano de lo privado, como en el hogar y las relaciones de pareja y familia. Ello es significativo en el proceso que vivieron, puesto que según León, todo empoderamiento requiere un cambio individual y colectivo (LEÓN, 1996, p. 16).

El proceso de empoderamiento que relataron, fue vivido por estas mujeres repleto de tensiones y dudas. Los pasos hacia la autoliberación señalada por Dussel, no se produjeron de manera lineal. Más bien fue una ruta llena de avances, retrocesos y estancamientos. A pesar de ello, hay un cierto punto en que se alcanzó la autonomía, en el que resulta dificultoso regresar. Los retrocesos y estancamientos más bien se relacionan entonces en estos casos, con momentos en que los temas de género quedaron relegados a un segundo plano al presentarse urgencias como funcionar para sobrevivir y salvar la vida.

CONDICIONES DEL EMPODERAMIENTO

Con respecto a los lapsos de mayores evoluciones dentro del proceso de empoderamiento feminista, es interesante cómo los relatos evidencian factores coincidentes: momentos de soledad y crisis, periodos de mayor desarrollo personal y espacios exclusivamente femeninos.

Colocadas en la situación de enfrentarse solitarias ante un país desconocido, sin un proyecto de vida claro, sin esposos ni familia sanguínea y a cargo de sus hijos e hijas, Arinda y Soledad cuestionaron sus relaciones de pareja, sus participaciones políticas y sus feminidades. Por su parte Cristina desarrolló su cuestionamiento al patriarcado especialmente cuando cayó detenida en la cárcel de Coronel, momento que coincidió con el asesinato de su marido en 1984.

En esos periodos en que tuvieron que resolver sus crisis y pensarse de manera autónoma, se vieron forzadas a un mayor autoconocimiento, cuestionando la manera en que el sexismo se presentaba en sus vidas. Estas crisis aceleraron desarrollos personales como resultado de la autonomía en que se encontraron inesperadamente, sobre todo en relación a sus esposos.

Otro factor común a los clímax de los procesos de empoderamiento feminista son los espacios para sí mismas y de desarrollo personal. A pesar de que para lograr sus autonomías fue esencial ingresar al mundo de lo público a través del MIR, fue cuando hubo más espacio para sus intimidades que las emancipaciones feministas se concretaron.

Niterói, v. 8, n. 2, p. 73-101, 1. sem. 2008 **95**





Cuando la resistencia y la militancia fueron prioritarias y escapar a la muerte resultó urgente, lo entendido como parte de lo personal se supeditó, y las crisis de género se incubaron sin tiempo ni espacio para ser resueltas. Ello sucedió durante la Unidad Popular, los primeros dos años tras el golpe de Estado, en la escuela de guerrilla en Cuba y especialmente durante las clandestinidades en Chile. Al contrario, en el exilio y en las cárceles, se produjeron saltos en que las tres tomaron conciencia de los conflictos genéricos y asumieron un rol activo para resolverlos.

La última característica común de los momentos de mayor avance en el plano de las relaciones de género, fueron los espacios femeninos o lo que Virginia Wolf señaló como “el cuarto propio”. Ello sucedió en el exilio, en los casos de Arinda y Soledad, cuando colectivizaron junto a otras mujeres exiliadas problemas comunes. Al quedar sola en Bélgica con sus hijas, sin respuestas desde la orgánica ante su interés por participar en el proyecto de retorno, Soledad colectivizó con sus compañeras las críticas a la actitud patriarcal del MIR.

Esta primera parte de la política del retorno fue absolutamente machista, porque contemplaron que se iban a ir los puros hombres y que de repente alguna mujer, la más desafiante, la más agrandada se iba a ir, pero un caso lo podían resolver, llevan el niño a Cuba o lo dejan con un familiar. No pensaron que las mujeres iban a plantearse igual que los hombres. Ellos nos lo plantearon a todos, pero en lo concreto igual estaban dejando fuera a las mujeres porque no habían solucionado el tema de los hijos. Y cuando empezaron a desaparecer los hombres y quedaron las mujeres solas, como en Amberes donde teníamos un clan súper fuerte de mujeres, empezamos a preguntarnos “¿Y nosotras qué? ¿Los compadres se van un año a Cuba, se van a Chile y nosotras tenemos que esperar hasta que haya terminado todo, criamos a los hijos aquí y cuando todo haya terminado nos volvemos allá con ellos?”. Era como la época antigua, de los guerreros que se iban a combatir y las mujeres se quedaban en los castillos... faltaba que nos dejaran con cinturón de castidad no más, menos mal que no se le ocurrió a nadie, aunque de repente había harta vigilancia en ese plano. (ARÁNGUIZ, Entrevista, 26/07/02)

El momento de mayor exclusividad del “cuarto propio” fue en las cárceles, puesto que eran un espacio obligado de división sexual. Es principalmente en el recinto de Coronel donde transgredieron la tradicional competencia entre mujeres, estableciendo entre ellas un espacio de sororidad. Las tres se calificaron mutuamente de “hermanas” y explicitaron los fuertes vínculos que las unían en ese mundo carcelario, época en la que compartieron amores, hijos/as, secretos, penas y vestimentas. Este espacio femenino de complicidad significó un momento de crecimiento personal para las tres entrevistadas, y un refuerzo afectivo en un periodo de sus vidas lleno de dolores.

Una nota de Cristina dejada a sus compañeras de encarcelamiento al salir en libertad, evidencia el cariño y la cercanía que este núcleo de mujeres desarrollaron, así como la autoidentificación del grupo con los símbolos feministas.

96 Niterói, v. 8, n. 2, p. 73-101, 1. sem. 2008





Tamara Vidaurrázaga

GÉNERO

Ha llegado la hora de mi último aquelarre carcelario y debo despedirme de ustedes. Soledad, Arito, Nancy, brujitas mías, lloro por dentro [...] Son muchos los recuerdos que guardo junto a ustedes, cada una siempre entregándome su apoyo y cariño. Momentos de alegría, tristeza, porfía. Compartimos momentos fuertes, llenos de emoción, discusión. Las quiero siempre lilas, las adoro con su corazón rojo. Las necesito con una escoba para volar juntas. (CHACALTANA, Nota, 1988)

En las cárceles descritas (Tres Álamos, el COF y Coronel) se establecieron núcleos afectivos que las acogieron y les brindaron cuidados femeninos. Ello se acrecentó en el penal de Coronel, donde estas mujeres se arreglaban el pelo mutuamente, hicieron gimnasia, se intercambiaron ropas, compraron o tejieron prendas idénticas, y hasta llegaron a conocerse por medio de los sonidos que emitían las otras.

RESOLUCIÓN DEL NUDO IDENTITARIO

Las transgresiones realizadas por estas militantes son interesantes para esta investigación, puesto que entendemos que el poder se encuentra en todos los niveles. Si, como señala Foucault, la transformación de “aquellas formas hegemónicas sociales, económicas o culturales” – habría que agregar del SSG –, que mantienen el poder de la verdad requiere de cambios a nivel macro y micro (FOUCAULT, 1978), tenemos que la tensión establecida a lo largo de estos relatos entre la militancia política y feminismo no era contradictoria en sí misma. El nudo entre estas dos identidades se relaciona más bien con que desde la militancia hubo resistencias a transmutar el sistema genérico en el que el MIR se desenvolvía, y que por lo tanto reproducía inconscientemente, por ejemplo al escindir radicalmente lo tradicionalmente comprendido como espacios público y privado, o aceptando la participación masiva de mujeres pero a condición de que ellas se “masculinizaran”.

Esta ausencia de contradicción fue descubierta y comprendida por nuestras entrevistadas fundamentalmente durante el periodo en que permanecieron encarceladas en Coronel, si bien hay hitos previos en los que estas dos identidades lograron convivir al unísono. Con ello resolvieron el nudo militancia política-feminismo, subvirtiendo por un lado la organización política en que participaban al reconocerse como feministas; y por otro transgrediendo la noción feminista preponderante en esos años que observaba la militancia partidista como un desvío de los problemas esencialmente femeninos.

Los años de encarcelamiento, especialmente en la prisión de Coronel, fueron el espacio para hacer de los cuestionamientos con respecto a la inequidad de género observada en la sociedad y dentro del MIR, un análisis agudo, personal y sistemático. Es fundamentalmente durante este periodo cuando desentrañaron el nudo militancia política-feminismo, comprendiendo ambas identidades como recíprocas y complementarias.

Niterói, v. 8, n. 2, p. 73-101, 1. sem. 2008 **97**





En el caso de Arinda esta sistematización se produjo primero tras su encarcelamiento en el Centro de Orientación Femenino, años antes de la detención de Cristina y Soledad. En Coronel, esta labor se profundizó e incrementó con los aportes de las nuevas prisioneras, formándose un clan de feministas que recorrían el espectro político de izquierda revolucionario de entonces.

Dos hitos son clarificadores de cómo estas tres mujeres intentaron cambiar su colectividad política, en los cuales el feminismo – como teoría o en la práctica – fue guía, y que evidencian la resolución del nudo identitario militancia política-feminismo: Primero, el momento del retorno a Chile cuando deciden sumarse a la resistencia clandestina en Chile, para lo cual deben dejar a sus hijas e hijos, exigiéndole al MIR condiciones para ello. Segundo, cuando se encuentran detenidas en Coronel y deciden hacer llegar una propuesta al IV Congreso del MIR, realizado en 1986, para incorporar a la estrategia del MIR la lucha contra el patriarcado al mismo nivel que la lucha de clases. Lo interesante en estos dos casos, es cómo ellas mutaron desde ser testigos pasivas de su subordinación a agentes activas de cambio en pos de un objetivo propio y coherente con sus procesos de empoderamiento feminista.

En los dos casos – Operación Retorno y IV Congreso – el empoderamiento de estas mujeres promovió cambios en el MIR, partido que no pudo eludir temas que concebía privados y ajenos a la lucha política. Así, estas militantes pasaron de tomar conciencia de la desigualdad a vivir la tensión producida por la doble identidad feminismo-militancia partidista, para luego resolver el nudo identitario militancia política-feminismo.

Una carta de Soledad a su hija refleja las críticas a la división público-privado realizada por el MIR y la izquierda en general, redefiniendo lo que entendía por “revolucionario” y evidenciando la resolución personal del nudo identitario militancia política-feminismo.

Quiero que seas una revolucionaria, pero revolucionaria en todo... Y hay algunos que creen que esto es sólo ser militante de un partido revolucionario. Esa es una parte no más. Ser revolucionario significa estar en contra de todos los esquemas añejos y retrógrados. No sólo en lo político, sino también en la vida cotidiana, en las relaciones humanas, de pareja, etc. Yo soy muy crítica con algunos compañeros que van perdiendo la sensibilidad por ejemplo o que o muestran sus emociones para no aparecer débiles. Qué guevía si los revolucionarios somos más sensibles que el resto y somos seres humanos llenos de defectos y virtudes. (Aránguiz, carta a su hija, 26/10/02)

Este proceso en ningún caso fue lineal y la resolución del nudo planteado no implica que el conflicto identitario quedó resuelto definitivamente, ya que las identidades están en continua construcción y deconstrucción, llenas de tensiones y contradicciones. Sin embargo, cuando estas militantes se encontraron recluidas, se





Tamara Vidaurrázaga

GÉNERO

observó una convivencia más abierta y amigable entre sus militancias miristas y sus pensamientos feministas.

Si entendemos – como señalamos anteriormente – el poder como multiforme y omnipresente, vemos que estas tres militantes buscaron obtenerlo en dos niveles: primero, el poder político al integrarse a una orgánica cuyo objetivo era cambiar la sociedad controlando el Estado. Y segundo, al buscar las propias autonomías y procurar cambiar las inequidades de género tanto a nivel personal como dentro del partido en que militaron. Y si bien no alcanzaron el poder político ni lograron los radicales cambios sociales que esperaban, se empoderaron alcanzando sus emancipaciones personales, y provocando cuestionamientos y pequeñas transformaciones en sus entornos.

Las transformaciones logradas en este plano de lucha, en este nivel de resistencia ante la razón dominadora, son especialmente interesante puesto que cuestionan la llamada “derrota de la izquierda”, ya que nos plantea la pregunta sobre los diversos frentes en los que se libraron batallas contra las formas hegemónicas que mantienen el “poder de la verdad”. Al mismo tiempo equipara niveles micro y macro, personal y político, y lucha de clases versus lucha antipatriarcal, asimilación propugnada por estas tres mujeres dentro de la orgánica en que participaban.

Abstract: This article was created using the true life stories of three women who, during Pinochet's dictatorship in Chile (1973-1990), were part of the left wing revolutionary movement (MIR), that fought an armed resistance. First, we must re-evaluate their identities as "victims" of dictatorship in Chile. The identity of "victim" is questioned and ultimately corrected. The body of the analysis presented in this article focuses on the tensions, resignifications and transgressions, that these women survived as left wing resistors, as well as women and later as feminists-this last identity being achieved through an empowerment fraught with tensions, sanctions and critiques.

Keywords: memory; women; empowerment.

(Recebido em outubro de 2007 e aprovado para publicação em janeiro de 2008.)

Referências

CAVALLO, A.; SALAZAR, M.; SEPÚLVEDA, O. *La historia oculta del régimen militar*. Santiago: La Época, 1988.

Niterói, v. 8, n. 2, p. 73-101, 1. sem. 2008 **99**





GENERO

De víctimas a protagonistas. Empoderamiento feminista en tres militantes del MIR

DUSSEL, E. *Ética de la liberación en la edad de la globalización y de la exclusión*. Madrid: Trotta, 1998.

FOX KELLER, E. *Reflexiones sobre género y ciencia*. Valencia: Edicions Alfons El magnanim, Generalitat Valenciana, 1989.

FOUCAULT, M. *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta, 1978.

GUZMÁN, P. *Documental La batalla de Chile*. Parte III: al margen de los acontecimientos. Santiago: [s.n.], 1979.

HARDING, S. ¿Existe un método feminista? En: BARTRA, E. (Comp.). *Debates en torno a la metodología feminista*. México: Unam, 1998.

HUYSEN, Andreas. La cultura de la memoria. *Revista Crítica Cultural*, Santiago, n. 17, 1999.

LEON, M. *El empoderamiento en la teoría y práctica del feminismo*. Bogotá: Tercer Milenio, 1996.

MILOS, P. La memoria y sus significados. En: GARCES, M. et al. (Comp.). *Memorias para un fin de siglo: Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*. Santiago: LOM, 2000.

MONTECINO, S. *Palabra Dicha*. Escritos sobre género, identidades, mestizajes. Santiago: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, 1997. (Colección de libros electrónicos)

MOULIAN, T. *Anatomía de un mito*. Santiago: Editorial LOM-ARCIS, 1997.

MURARO, L. El concepto de genealogía femenina (título original Il conceto di genealogia femminile, traducción de Mina Brescia y Mariana Barberá Durón). *Revista Creatividad Feminista*, [200-]. Disponible en: <www.creatividadfeminista.org>.

NELTUME es un paso, el objetivo: la guerrilla permanente: entrevista a Pascal Allende. *Revista MIR*, [S.I.], 1981.

OJEDA, A. *De memoria, concepción*, libro inédito, 2001. SANDOVAL, C. MIR (una historia). Santiago: Sociedad Editorial Trabajadores, 1990.

QUIROGA, P. Compañeros: *El GAP: la escolta de allende*. Santiago: Aguilar, 2001.

SALAZAR, G. *La violencia política popular en las "Grandes Alamedas"*. Santiago: LOM, 2006.

SCOTT, Joan. El problema de la invisibilidad. En: ESCANDÓN, Ramos (Comp.). *Género e historia*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1992.

TARRÉS, M. L. (Comp.). *Campos de acción social y política de la mujer de clase media*. Informe de Investigación, México, jul. 1987.

TARRÉS, M. L. *La voluntad de ser: mujeres en los noventa*. México: Colegio de México, 1992.

VALENZUELA, E. *La mujer en el Chile militar: todas íbamos a ser reinas*. Santiago: Chile y América-Cesoc, 1987.

VITALE, L. *El proyecto andino del Che, la transición al socialismo y cronología comentada de su vida*. [S.l.: s.n.], 1997.





Tamara Vidaurrázaga

GÉNERO

Fuentes directas

Cartas de Soledad Aránguiz, 1988 a 1989.

Cartas de Cristina Chacaltana, 1984 a 1988.

Entrevistas personales con Soledad Aránguiz, realizadas en Santiago entre el 11 de mayo de 2002 y el 26 de octubre de 2002.

Entrevistas personales con Cristina Chacaltana, realizadas en Santiago entre el 9 de octubre de 2002 y el 11 de febrero de 2003.

Entrevistas personales con Arinda Ojeda, realizadas en Concepción entre el 16 de noviembre y el 14 de diciembre de 2002.



